



Sáb
11
Nov
2017

Evangelio del día

Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Martín de Tours (11 de Noviembre)

“Ningún siervo puede servir a dos amos”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 16,3-9.16.22-27

Saludos a Prisca y Aquila, colaboradores míos en la obra de Cristo Jesús; por salvar mi vida expusieron su cabeza, y no soy yo sólo quien les está agradecido, también todas las Iglesias del mundo pagano. Saludad a la Iglesia que reúne en su casa. Saludos a mi querido Epéneto, el primero convertido de Cristo en Asia. Saludos a María, que ha trabajado muchos por vosotros. Saludos a Andrónico y Junia, mis parientes y compañeros de prisión, ilustres entre los apóstoles, que llegaron a Cristo antes que yo. Saludos a Ampliato, mi amigo en el Señor. Saludos a Urbano, colaborador mío en la obra de Cristo y a mi querido Estaquis. Saludaos unos a otros con el beso santo. Todas las iglesias de Cristo os saludan. Yo, Tercio, que escribo la carta, os mando un saludo cristiano. Os saluda Gayo, que me hospeda, y toda esta Iglesia. Os saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y nuestro hermano Cuarto. Al que puede fortaleceros según el Evangelio que yo proclamo, predicando a Cristo Jesús –revelación del misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestado ahora en la Sagrada Escritura, dado a conocer por decreto del Dios eterno, para traer a todas las naciones a la obediencia de la fe–, al Dios, único Sabio, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Salmo

Sal 144 R/. Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi Rey

Día tras día te bendeciré
y alabaré tu nombre por siempre jamás.
Grande es el Señor, y merece toda alabanza,
es incalculable su grandeza. R/.

Una generación pondera tus obras a la otra,
y le cuenta sus hazañas;
alaban ellos la gloria de tu majestad,
y yo repito tus maravillas. R/.

Que todas las criaturas te den gracias, Señor,
que te bendigan tus fieles;
que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 16,9-15

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «Ganaos amigos con el dinero injusto, para que cuando os falte, os reciban en las moradas eternas. El que es de fiar en lo menudo, también en lo importante es de fiar; el que no es honrado en lo menudo, tampoco en lo importante es honrado. Si no fuisteis de fiar en el vil dinero, ¿quién os confiará lo que vale de veras? Si no fuisteis de fiar en lo ajeno, ¿lo vuestro quién os lo dará? Ningún siervo puede servir a dos amos: porque o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero».

Oyeron esto unos los fariseos, amigos del dinero, y se burlaban de él.

Jesús les dijo: «Vosotros presumís de observantes delante de la gente, pero Dios os conoce por dentro. La arrogancia con los hombres, Dios la detesta.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Saludaos unos a otros con el beso santo

Escuchamos el final de la carta de Pablo a los Romanos, en la que se detiene a saludar, nombrándolos, a muchos de sus hermanos y colaboradores en la transmisión del mensaje de Jesús. Podemos tener la impresión de que no hay demasiado mensaje que poder descubrir en una lista de nombres. Pero ese final de la carta nos dice mucho de cómo entiende Pablo su misión, y por lo tanto de cómo hemos de entenderla también en el seno de la Iglesia. Pablo, el “superapóstol” de los gentiles, que en diferentes ocasiones ha reivindicado su condición de verdadero apóstol, no se concibe en esta misión como el protagonista principal del anuncio.

La despedida de esta carta nos muestra a alguien que se siente asociado a un buen número de hermanos y hermanas que le han acompañado en la tarea evangelizadora. Hombres y mujeres con nombre y rostro, a los que reconoce y agradece cuanto han hecho por el evangelio. Amigos y hermanos en la fe. Personas que aportan la más variada ayuda, según sus posibilidades.

En esta relación encontramos al menos tres mujeres, que no reciben un tratamiento diferente a los hombres que aparecen nombrados. Una recibe a la comunidad en su casa, otra "ha trabajado mucho por vosotros", la tercera es considerada "ilustre entre los apóstoles". Esta misión compartida en igualdad, prestando siempre atención a la fidelidad al mensaje, es signo precioso de una iglesia comunidad de hermanos en la fe, abierta y disponible para el anuncio en todas sus formas.

¿Vivimos la misión desde esta clave? ¿Sentimos la responsabilidad de "predicar a Jesucristo, revelación del misterio escondido... manifestado ahora... para traer a todos los pueblos a la obediencia de la fe"? ¿O quizá eso es cosa de los curas?

Dios os conoce por dentro

Las palabras de Jesús en el relato evangélico que escuchamos tienen algo de enigmático, que nos deja en el aire y sin encontrar significados evidentes a lo que plantea. Y nos resulta incómodo, por nuestra inclinación a querer tener las ideas claras y las respuestas precisas. Puede ser que busquemos verdades más que experiencia de encuentro con el Señor Jesús...

Lo que Jesús sí dice con rotundidad es que no podemos servir a dos señores: a Dios y al dinero. Pero pensándolo detenidamente, y mirando la realidad de la comunidad cristiana a lo largo de la historia, quizá nos hemos arreglado demasiado fácilmente para "servir a Dios" sin tener que abandonar el "servicio al dinero". De hecho, todos sabemos que el tema de la riqueza constituye una piedra de escándalo para muchos y una buena disculpa para que otros rechacen a la Iglesia.

Se podrían escribir tratados sobre este tema, pero será bastante más interesante que cada uno entremos dentro de nosotros mismos para identificar a quién servimos en verdad, quién o qué ocupa el centro de nuestra vida, convirtiéndose en la prioridad que mueve nuestra existencia. Porque podríamos decir que existen muchos tipos de "dinero", de bienes o de dones que hemos recibido y que no sirven al bien de los hermanos. Quizá porque los guardamos celosamente para nosotros, quizá porque no los cultivamos, tal vez porque nuestra prioridad en la vida son nuestra convicciones, ideas, gustos, intereses, deseos, bienestar... "rebozados" de voluntad de Dios.

¿Quién está en el centro de mi vida? ¿A quién se ofrece aquello que tengo y que soy? ¿Vivo ofreciendo apariencia, desde la arrogancia de quien se cree en posesión de la verdad y en el camino recto? ¿Me expongo plenamente a la acción de ese Dios que me conoce por dentro?



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

San Martín de Tours

Obispo

Panonia, hacia 317 - Candes (Francia), 8-noviembre-397

Martín de Tours es uno de los santos más populares de Francia e incluso de Europa. Centenares de pueblos e iglesias (también en España) evocan su nombre. Son innumerables las vidrieras, imágenes y esculturas que representan la escena en la que un Martín, oficial del ejército, con 18 años y, siendo todavía catecúmeno, comparte su capa con un pobre desnudo, el único vestido que llevaba, puesto que el resto de sus vestidos ya los había repartido con otros pobres. Y, sin embargo, fuera de esta imagen legendaria, pocos son los que tienen ideas precisas de la vida de este hombre, cuya influencia ha sido grande en la Iglesia desde la antigüedad hasta hoy. La «Vida de San Martín», escrita por Sulpicio Severo, es la fuente fundamental en la que se han inspirado todas las biografías de San Martín, y en la que también se inspiran estas reflexiones.

Soldado de Cristo

Teniendo en cuenta los datos disponibles, podemos afirmar que Martín nació en el reinado del emperador Constantino hacia el 317, en Panonia. Sus padres, que gozaban de buena posición social, eran paganos. Si hacemos caso de Sulpicio Severo, Martín habría servido en el ejército de los 15 a los 20 años, siguiendo los pasos de su padre, que era oficial del ejército. Posiblemente fueron muchos más los años en que estuvo en el ejército, hasta el año 356. [...]

¿Cómo fue esta despedida del ejército? Martín se negó a participar en un último combate que le habría otorgado una gran distinción militar y un donativum. Cuando el César Juliano le selecciona para una decisiva batalla, Martín le responde: «Hasta hoy he estado a tu servicio: permíteme a partir de ahora estar al servicio de Dios; que acepte tu donativum quien tenga intención de combatir. Yo soy soldado de Cristo, no tengo derecho a combatir». [...]

Monje y obispo

Una vez dejada la milicia, durante la cual fue bautizado, fundó un monasterio en Ligugé, cerca de Poitiers, donde practicó la vida monástica bajo la dirección de San Hilario.

Fue elegido obispo de Tours en julio de 371, por elección popular. [...] Tras un episcopado de 26 años, murió en noviembre de 397, a la edad de 81 años. Trabajó en la formación del clero y en la evangelización del mundo rural, combatiendo con habilidad y prudencia las supersticiones populares, sobre todo las paganas, logrando numerosas conversiones. Su modo monástico de vivir, incluso siendo obispo, su dedicación a la oración y contemplación, no sólo no le impedía dedicarse a la actividad apostólica, sino que ésta era tanto más eficaz cuanto que estaba motivada por una vida ejemplar que bebía en las fuentes de la oración.

Defensor del débil y del oprimido

Además de la famosa escena de Martín compartiendo su capa con un pobre, hay otra menos conocida, pero no menos significativa: siendo ya obispo, y yendo hacia la iglesia, se encontró en pleno invierno con un pobre semidesnudo que le pedía un vestido. Martín ordenó al archidiacono que le vistiera inmediatamente, mientras él entraba en la sacristía. Como el archidiacono tardaba, el pobre, llorando y aterido de frío, entró en la sacristía y se quejó al obispo. Martín, entonces, le entregó la túnica que llevaba bajo el alba con la que iba a celebrar la misa. Cuando el archidiacono avisó al obispo de que era la hora de la celebración, éste le dijo que no entraba a la iglesia hasta que el pobre no estuviese vestido. Efectivamente, aunque el archidiacono lo ignorase, Martín se había convertido en ese pobre, que no llevaba ninguna ropa debajo de la vestidura litúrgica. Muy disgustado, el archidiacono fue a comprar un vestido vulgar, que se lo entregó al obispo, diciendo: «He aquí el vestido, pero el pobre ya no está». Martín le hizo salir, se vistió y salió a celebrar la Eucaristía».

La bondad y caridad de Martín se manifestó abundantemente a lo largo de su existencia. En esto, como en muchas otras cosas, su vida fue una auténtica imitación de Cristo. Como Jesús, Martín «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10, 38). Martín curó milagrosamente a muchos enfermos y expulsó a muchos demonios (o lo que su biógrafo y la gente de entonces consideraban como síntomas de posesión diabólica). Siendo obispo empleó toda su influencia ante los poderosos para defender a los débiles y, cuando fue necesario, no dudó en enfrentarse con los grandes de este mundo.

Mártir sin derramar su sangre

Puesto que en los primeros tiempos de la Iglesia sólo los mártires eran considerados santos y sólo a ellos se les daba culto, Sulpicio Severo, impresionado por la santidad de Martín, se cree obligado a decir: las circunstancias actuales no han podido asegurar el martirio de Martín, pero esto no impedirá que alcance la gloria de los mártires. «Sin verter su sangre», mereció «la plenitud del martirio... Pues, por la esperanza de la eternidad, ¿cuántos sufrimientos no ha soportado: por el hambre, las vigias, la desnudez, los ayunos, los insultos de los envidiosos, las persecuciones de los malvados, las atenciones a los enfermos, el cuidado de las personas en peligro? ¿Quién fue afligido sin que él no lo estuviera? ¿Quién escandalizado sin que a él no le doliera? ¿Quién ha perecido sin que él haya gemido? Todo esto, por no hablar de sus diversos combates de cada día, que mantuvo contra el poder del mal humano y del mal espiritual. En este hombre, asaltado por tentaciones de todo tipo, siempre triunfó el valor, la paciencia y la serenidad. ¡Cuánta bondad, piedad y caridad indecible la de este hombre! Una caridad que, incluso en un siglo frío en el que hasta los santos se enfrían cada día, él ha perseverado hasta el fin creciendo de día en día».

Su muerte, como lo fue su vida, fue ejemplar y digna de todo elogio. Ocurrió en Candes, a cuya parroquia había acudido para restablecer la paz entre los clérigos. Cuando se disponía a regresar a su monasterio, le abandonaron las fuerzas. No quiso ninguna comodidad para

su cuerpo, para dar ejemplo a los suyos de cómo debe morir un cristiano. «Con los ojos y las manos continuamente levantados al cielo, no permitía que su alma invencible cesase en la oración».

Un santo para nuestro tiempo

Martín de Tours es un santo para nuestros días. Sin estar nunca apegado a la tierra, su vida fue una permanente búsqueda de otra ciudad, la de Dios. Su gran caridad despierta nuestra responsabilidad frente a toda suerte de pobreza y de enfermedad. Monje antes que otra cosa, nos invita a mirar con ojos nuevos la vida religiosa. Obispo, es ejemplo de cercanía, de falta de ambiciones terrenas, y nos llama a destruir los ídolos que nos encadenan. Místico, nos conduce hacia Dios, como un guía seguro, siempre a la escucha del Verbo bajo la inspiración del Espíritu.

En su vida se unen dos aspiraciones complementarias de toda espiritualidad cristiana: la oración o contemplación, que sabe hacer callar al mundo y buscar el silencio interior; y la actividad apostólica del soldado de Cristo que, como laico, monje u obispo, se compromete con sus hermanos los hombres y toma parte en todos los combates en donde está en juego el bien del prójimo.

Fr. Martín Gelabert, O.P.